Domingo XX Tiempo Ordinario (20-08-23)
Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Hermanos y hermanas:

Mucho tiempo antes de Jesús, Israel sentía que lo que había ocurrido con su historia, todos los israelitas, todos los judíos, sentían que era algo tan grande ser amados gratuitamente por Dios, que esto no podía ser solamente para ellos, sino que debería ser universal. Por eso, en el libro del profeta Isaías (56,1.6-7) se dice *a los extranjeros que se han unido al Señor para servirlo, para amar el nombre del Señor y ser sus servidores: Conserven el sábado sin profanarlo y mantengan su alianza, porque los traeré a mi monte santo*. Es decir, aquello que habían recibido como gracia, como don, como regalo, el conocer a un Dios que los acompaña, que los ama, que los cultiva, que los alienta, que los promueve… ellos pensaban también que todos los seres humanos deberían recibirlo.

¿Qué le pasó a Jesús que no recordó esto cuando la mujer viene detrás? Esta mujer era cananea, que significa que es originaria y con las costumbres de la tierra que fuera entregada a los israelitas, la tierra de Canaán, pero son personas que pertenecen a este pueblo distinto al pueblo judío. Y, entonces, qué tuvo Jesús que no recordó que la misión era universal y que, por tanto, inmediatamente, debia antender a la mujer como atiendía a los judíos.

Le dicen los discípulos: “Señor, atiéndela”. Y Jesús les dice: “¡No! No he venido sino para las ovejas descarriadas de Israel”, o sea, las ovejas dispersas, oprimidas, maltratadas de Israel. Él tenía clara su misión para Israel, clarísima. No

es que la tuviera oscura la otra misión más universal, la apertura a los demás pueblos, sino que ha debido ocurrir algo especial que Él ha sentido que pasa con esta mujer, que parece imponerle las cosas al gritarle: “Señor, mi hija tiene un demonio”, y va gritando por la calle, tanto que los discípulos se fastidian y le piden al Señor que la atienda. Para ellos, como dice el Papa en el Ángelus de la mañana, era un fastidio, pero para Jesús no.

Algo pasa con esta mujer que hace que Jesús inmediatamente no la reciba. ¿Qué cosa es eso? ¿Qué es lo que suscita en Jesús este detenimiento pudiendo haberlo hecho ya? El punto esencial está en unas palabras que nosotros no podemos entender porque no nos movemos en ese ambiente: es el problema de los “perritos”.

Resulta que esta tierra estaba entre Tiro y Sidón, que eran tierras de paganos muy cerca de Galilea, pero diferente tierra. Y en ese territorio, estos de sirofenicia o de Tiro y Sidón, que es un puerto, eran gente muy acaudalada porque es puerto, y en los puertos siempre corre plata. Y, entonces, todos los que habitaban en Tiro y Sidón tenían costumbres que eran negativas respecto a los hebreos de Galilea, es decir, sus vecinos, mayormente campesinos o pescadores como los discípulos.

De tal manera que son los hebreos los que apodaron a los cananeos, a los de Tiro y Sidón, como “perros”, decían los hebreos *son unos perros, porque nos tratan mal*. Y Jesús, que ha vendido para las ovejas perdidas de la casa de Israel, tiene en primer lugar que atender y defender a los galileos, o sea, a los hebreos maltratados. Y como esta persona, esta mujer, pertenece a ese mundo, Jesús supone que hay un problema en esta región, que estos sirofenicios

maltratan a los hebreos pobres. Entonces, así nomás, no puedo hacer las cosas".

El Señor agrega un elemento más, un elemento cultural que tenía consecuencias sociales graves. Ustedes conocen nuestra cultura limeña que, a veces, menosprecia a los que son provincianos… chusma, chusma, les decimos algunos de nostros. Los limeños hablamos más rápido que la gente de provincia y, entonces, no nos entienden porque hablamos rápido… tenemos estas costumbres. Y si Jesús estuviera acá, favorecería primero al provinciano, no porque excluye al limeño, sino porque el provinciano y todas las personas pobres también de Lima tienen que ser tratadas de igual a igual.

Y, entonces, ¿qué hace Jesús? Les pone esta pequeña objeción y esta mujer desborda. La cananea le dice: "salva a mi hija, sálvala". Y, entonces, el Señor le dice: *"No he venido, sino para las ovejas".* Y aquí la respuesta de ella: *"pero también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos".* O sea, está diciendo, está reconociendo que pertenece a un pueblo medio perro, agresivo con los campesinos galileos y, en cierto modo, hay una cosa doble: su petición pasa por arrepentirse de esas costumbres negativas que tenemos. Y, por eso, el Señor le dice: "Es grande ("mega") tu fe, porque lo que has dicho, ahí tienes, tu hija se ha curado".

Qué bonito es esto porque acá las curaciones son varias, no solamente la la hija, también ella se ha curado con su arrepentimiento de la mala costumbre de despreciar a la gente de Galilea. Y, por tanto, ha manifestado esa humildad para reconocer que, entonces, la primera que falta a la universalidad es ella misma. Y así, entonces, cuando le dice: "grande es tu fe" y su hija es curada, el Señor la

incluye, siendo ella pagana, dentro de los salvados y dentro de los creyentes.

Y acá hay una cosa genial de Jesús, que ***siempre presta atención a la fe de la gente*** que no es de cartel, de tarjeta, de marca, como dijo hoy el Papa en el Ángelus, de marca cristiano católico. “Soy bautizado, tengo la marca aquí en el pecho”. ¡No es así! La fe es relación íntima y personal con el Señor, y es aprender a hacer una relación que nos permita dejar que nos vaya trabajando por dentro, vaya creciendo en nosotros y vaya poseyéndolos a nosotros. A veces rezamos equivocadamente: “Señor, para que poseamos tu Reino, para que te poseamos”. ¡No! “Señor, para que nos dejemos poseer por ti”.

Y esta mujer, en ese momento, estaba poseída por una necesidad urgente, porque su niñita se le moría. Y, simultáneamente, poseída también por la grandeza de Jesús, expresa su fe desde lo más profundo, que es una fe que, para eso, entonces, implica, en cierto modo, renunciar a ciertas costumbres que impiden esa relación buena con Dios y con los demás.

El Señor ha curado, entonces, no solamente a la niña, ha curado a la mamá de sus malas costumbres. Y eso le pedimos al Señor: que a los limeños nos cure de nuestras costumbres, porque nosotros nos enfocamos más en las etiquetas “católicos, apostólicos y romanos” … y los demás, pues, son ultima la rueda del coche. ¡No! Aquí todos valemos, eso hemos dicho siempre: en la Iglesia nadie sobra, todos están convocados, todos somos hermanos, todos somos importantes. Y, por lo tanto, también así aprendemos a enseñar desde la universalidad de la Iglesia a todos los pueblos para que se traten bien; a toda la sociedad para que mejore en hermandad y, sobre todo, en

este mes en que Rosa de Lima, porque ella era así, universal.

Rosa pasaba el puente, se iba a Malambo y traía a las parturientas angolesas hacia su casa para que parieran ahí, con dignidad. Tenía un sentido de igualdad impresionante, porque eso es lo que tenemos que hacer, mucho más en una ciudad cosmopolita como la nuestra en donde tenemos que saber acoger a todos.

Lima tiene que ser el hogar de todo el país, como ya lo es, pero no a la fuerza, sino por amistad. Y por eso, uno de los signos que queremos hacer en este mes siguiendo a Rosita universal, así como Jesús, queremos pedir a todos que podamos traer a Caritas Lima o hacia las parroquias, las “semillas de Santa Rosa”, que saben ustedes que son los garbanzos, los frijoles, las lentejas, lo más alimenticio de los granos. De tal manera que así podamos mejorar esas ollas comunes y, sobre todo, para que les llegue a los niños y niñas, que son los que primero se tienen que alimentar, y en donde el esfuerzo que hacen las madres de distintas partes, principalmente, es para que ellos se alimenten bien.

Ayudemos todos solidariamente en esto, de hecho, en esta próxima Jornada Arquidiocesana de la Juventud (JAJ) que vamos a tener el 2 y 3 de septiembre en el colegio Claretiano, todos los jóvenes van a ir con su medio kilito de lentejitas para ir llenando las ollas comunes para que nuestro pueblo viva un poquito más feliz.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas, que superemos todos los prejuicios y, sobre todo, que nos dejemos curar por el Señor que nos ama y que ama universalmente. Por si acaso, el nombre “católico” significa “universal”. Católico no es una secta, es la apertura

universal a todos los seres humanos, a los niños y las niñas, a las mujeres, a los ancianos, a todos los que sufren, a todos los migrantes, a todos los seres humanos como hermanos. Y esa es nuestra gran tarea en el corazón y en la sociedad.

Que Dios los bendiga. ¡Feliz día de los niños y las niñas!